COMEDIA FAMOSA.

EL OFENSOR DE SI MISMO.

DE DON CHRISTOVAL DE MONROY.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

Don Juan.	*Doña Leonor.*	*Doña Beatriz.*	*Don Pedro.*
Don Diego.	*Don Enrique, ſu tio.*	*Inés, Criada.*	*Senacho, Criado.*

JORNADA PRIMERA.

Salen Don Diego, Doña Leonor,
Doña Beatriz, è Inés.

Leon. FUeſe mi tio? *Inés.* Señora,
en eſte inſtante ſe fue.
Leon. Y cerraſte? *Inés.* Ya cerré.
Leon. Pues por ſi volviere ahora,
ve con mi prima al balcon,
y de lo que huviere aviſa;
y perdona, que es preciſa,
Beatriz, aquelta ocaſion.
Beat. Ya te obedezco, y las dos
vamos. *Leon.* Haz, que Inés eſté
con cuidado. *Beat.* Si haré.
Leon. Dios os guarde.
Beat. A Dios. *Leon.* A Dios. *vanſe.*
Dieg. Ya ſe fueron: dí, Leonor,
qual ocaſion te ha obligado
à buſcar con tu cuidado
ſobreſaltos à mi amor?
Que deſde que entré en tu caſa
eſtói confuſo, y perdido,
dime, que te ha ſucedido?
Leon. Oye, ſabrás lo que paſa.
Bien te acordarás, Don Diego,
como ſaliendo una tarde,
al jardin yo con mi prima,
por divertir mis peſares,
cuyas aguas cryſtalinas,
cuyos floridos eſmaltes
inundan con blanco aljofar
las flores, que alienta el ayre,
te ví (ay, Cielos!) y me viſte,
galanteando arrogante
à otra Dama, y yo atendiendo
al entendimiento, al talle,
al aire, à la gentileza,
à la gala, y otras partes,
que en pocos ſe hallan juntas,
aunque en ti juntas ſe hallen;
dí permiſion à los ojos
para mas tierna mirarte,
porque como ſon dos niñas
las que en nueſtros ojos yacen,
y ſon las niñas amigas
de galas, viendo en tu trage
tanta gala, y bizarría,
no es mucho les agradaſes.
Aunque viſto à buena luz,
por verte tan fino amante
con la Dama que hablabas,
zeloſa empecé à picarme,
y à los zelos ſe ſiguió
la voluntad de adorarte,
que no hay zelos ſin amor;
zeloſa, amante, y cobarde,
hurtando el alma al ſoſiego,
huyendo al roſtro la ſangre,
el alma ſiguió otro rumbo,
el roſtro viſtió otro trage,
traſladando los efectos
del corazon al ſemblante:
ſin lenga hablaron los ojos,

 en-

entendiſte mis peſares,
y deſde entonces, Don Diego,
cuidadoſo, y vigilante,
de dia me galanteas,
de noche rondas mi calle.
Ya ſabes, que correſpondo
tu voluntad, y ya ſabes,
que te adoro, que te eſtimo,
que te quiero, y eſto baſte
para ponderar mi amor,
que llegar à confeſarle
una muger como yo,
de prendas tan principales,
es mucho, pues no pudieron
honroſos diſimularle,
de ſu opinion el reſpeto,
y el decoro de ſu ſangre.
Dos años ha, ſino ſiglos,
que nueſtras almas conſtantes,
en reciprocas finezas,
gozan favores notables.
Mas como à la Nave airoſa,
que en los ceruleos cryſtales,
proſperamente navega,
corriendo, y volando grave,
con pies de madera el agua,
con alas de lino el aire,
y furioſo el uracán
desbarata en un inſtante
ſu quietud, y perſeguida
del Mar, que en rigores tales
con promontorios de eſpuma
la acomete, y la combate:
y aſi à nueſtro amor ſe atreven
rigores, que le amenacen,
tormentas, que le apaſionen,
y peligros, que le acaben.
Sabrás, Don Diego (ay de mi!)
aqui empiezan (duro trance!)
mis deſdichas (pena extraña!)
ſabrás, mi bien (qué peſares!)
que Don Enrique (ò, rigores!)
mi tio, de Beatriz padre,
à quien por muerte del mio
le toca (ay de mi!) ampararme,
eſtá reſuelto (qué ahogo!)
eſtá reſuelto à caſarme,
con quien, no ſabré decirte,
que mal pudiera eſtudiarle
el nombre à quien aborrezco,
y mas quando: : *Dieg.* Baſte, baſte,
Leonor, buen achaque eliges,
ingrata, para dexarme.
Leon. Qué dices? *Dieg.* Pues quien ignora
que ſi de veras me amaſes,
ni rigores de tu tio,
ni perſuaſiones de nadie,
ni de tus deudos la fuerza,
pudieran, Leonor, ſer parte
para eſtorvar nueſtras bodas!
con amor nadie es cobarde;
y pues tan cobarde eſtás,
ya dexas de ſer amante:
quedate, à Dios. *Leon.* Oye escucha
Ay, Don Diego, no me mates,
que me atormentas el alma!
Qué remedio puede darſe,
quando mañana mi tio,
dice, que ha de deſpoſarme?
Buſcale tu, eſpoſo mio,
que en vano te perſuades
contra mi amor, y firmeza,
quando te adoro conſtante.
Dieg. Es muy facil el remedio.
Leon. Qual? *Dieg.* No querer caſarte.
Leon. Pues qué inferirá mi tio,
quando me advierta mudable
à ſu eleccion, y obediencia?
No ves, que ſoſpecha, ò ſabe,
que nos queremos los dos,
y ſi le reſiſto, es facil
el confirmar nueſtro amor,
y paſar yo mil deſayres?
Dieg. Pues ſi eſtás tan temeroſa,
qué puedo yo aconſejarte,
ſino dar voces zeloſo,
decir locuras de amante,
y morirme de mis zelos,
que

que es la enfermedad mas grande.
Leon. Don Diego, porque conozcas
mi amor, y no le maltrates,
digo, que le estimo mas,
que el pundonor de mi sangre.
Ven à mi casa esta noche,
donde podrás confirmarle;
sola te espero à las once,
y no te acompañe nadie,
ni entienda aquesto mi prima,
que quiero, aunque à mi me agravie,
que no se ofenda mi amor,
aunque mi opinion se aje.
Dieg. Aun no creo lo que escuho;
dexame, Leonor, besarte
los pies. *Leon.* Aqui están mis brazos.
Dieg. Quien mereció bien tan grande!
Leon. Puedo, Don Diego, hacer mas?
Dieg. Eres exemplo de amantes:
así viviré seguro,
mientras que los Cielos trazen
nuestras bodas: mas qué es esto?
Salen Doña Beatriz, è Inés.
Inés. Mi señor viene. *Beat.* Mi padre?
Leon. A Dios, y lo dicho dicho.
Dieg. A Dios, y el Cielo te guarde:
à Dios, Beatriz. *Beat.* El os libre
de peligros semejantes.
Vanse, y queda sola Beatriz.
Beat. Valgame el Cielo, qué miro!
no sé, no sé como caben
tantos generos de ahogos,
de zelos tantos linages,
en la mina de mi pecho,
sin que puedan rebentarse.
Si amor es fuego, y su humo
son los zelos que de él nacen,
donde este humo se esconde,
quando tanto el fuego arde?
Quiero à solas referir
mis ansias, y mis pesares,
pero mejor es callarlas,
hasta que las sufra, y pase.
Que repetir una pena,
quando la pena es tan grande,
valor añade al disgusto,
y añade al dolor quilates,
aunque no salgan del pecho
tantos ardientes volcanes,
y sus zelosos incendios
los Elementos abrasen.
Yo quiero, qué poco he dicho:
yo estimo, anduve cobarde:
yo adoro, que corta anduve:
yo tengo amor, esto baste,
à Don Diego, que quien tiene
amor, entender es facil,
que quiere, estima, y adora,
loca, perdída, y amante.
A Don Diego he dado el alma,
idolatra de su imagen,
y es tan adversa mi suerte,
que la tiene, y no la sabe.
Los interpretes del alma,
que son los ojos cobardes,
no se atreven à explicarla,
porque se pone delante
la voluntad de mi prima,
que me reprime, y combate:
quien con zelos es prudente?
quien con zelos callar sabe?
Ay de mi, que à todas horas,
siento zelos! uracanes
de la tormenta de amor,
que inquietan el agua, ò aire.
Y no cabiendo en el pecho
aire, y agua, en un instante
el agua sale en los ojos,
y el aire en suspiros sale.
Qué haré, amor? qué haré,
que no puedo remediarme?
Don Diego quiere à mi prima:
Leonor mi prima es mi sangre,
los dos se están adorando
firmes, tiernos, y leales,
no hay remedio, mi amor muera,
rinda las armas, y amaine
las velas, que la fortuna,

el tiempo al fin inconstante,
à quien mis ansias apelan,
podrán revocar mis males.

Salen Don Juan, y Senacho de noche.

Juan. No conoces esta calle?
Sen. Qué he de conocer? reniego
de quien me hizo, si apenas
una Estrella, y un Lucero
con la obscuridad diviso.
Juan. Parece, que llueve el Cielo
mas horrores, que crystales;
pues ver confuso no puedo
por donde voy. *Sen.* Agua, Dios:
sabes, señor, lo que temo?
Juan. Qué notable obscuridad!
Sen. Que nos han de nacer berros
en los pies. *Juan.* De ti me espanto,
que ignores adonde estemos.
Yo ha poco que de las Indias
vine à Granada, y no es nuevo,
el no conocer las calles;
pues al fin soi forastero.
Senac. Sabes, señor, donde estamos?
Juan. Donde?
Senac. En el Limbo, esto es cierto,
tu vienes de ver las Damas,
à quien como majadero,
como simple, como tonto,
diste joyas, y dineros,
y como à inocente quiere
castigarte ahora el Cielo;
y al Limbo nos ha traído.
Juan. Dexa diparates, necio,
y ve siguiendo esta calle.

Topa Senacho con una esquina.

Senac. Ay! *Juan.* Senacho, qué es eso?
Senac. Me he quebrado las narices
en una esquina, yo miento,
no es este el Limbo, señor,
pues dolor, y pena tengo,
y en él no hay pena, ni gloria:
ay, narices! chato quedo,
que como es negra la noche,
hacer negras es su intento,
por esto he quedado chato,
que es poco menos que negro.
Juan. Senacho, el agua se aumenta
y no hay donde guarecernos.
Senac. Angurria tienen las nubes,
buen tiempo de taberneros.
Juan. Sigueme. *vase.*
Senac. Aqui está un portal,
en él defenderme pienso.
Sale D. Diego. Terrible noche! esta es
y esta calle es de mi dueño,
la señalaré: quien vá?
Senac. No va, porque se está quedo
Dieg. Que aguardais, hidalgo, aqui?
Senac. Que desenojado el Cielo,
le ponga freno à las nubes;
si tienen las nubes freno.
Dieg. Este hombre ha de ser sin duda
estorvo de mis intentos;
desocupe aquesa puerta,
en cortesia. *Senac.* No puedo.
Dieg. Po qué? *Senac.* Porque yo no sé
en aquelle obscuro aprieto,
qué calle es esta, ni donde
estoi, y fuera de aquesto,
está mi muger parida,
y si yo me enojo, es cierto,
que se ha de pasmar; pues son
marido, y muger un cuerpo,
repartido en dos mitades.
Dieg. Dexa aquesos argumentos,
y venga conmigo, que
sacarle à otra calle quiero,
que va derecha à la Plaza: *ap.*
porque desocupe el puesto,
sin alboroto, lo hago.
Senac. Digo, señor, que obedezco:
quien ha de ir delante? *Dieg.* Yo.
Senac. Vamos, los dos parecemos
en la carcel de la noche,
yo el corchete, y él el preso.

Vanse, y sale Don Juan.

Juan. Senacho, solo he quedado,
perdí à Senacho, y es cierto, que

que no he de saber sin él
ir à mi casa, no puedo
imaginar donde estoy:
aquesta puerta han abierto,
quiero llegarme à informar.
Abren, y asomase à una puerta D. Leonor.
Leon. O fue ilusion del deseo,
ò engaño de la esperanza,
ù ohí hablar à Don Diego:
mas aqui se acerca un hombre,
él es, sois vos, dulce dueño?
Juan. Qué escucho? esta Dama aguarda,
como de su voz lo infiero,
algun amante galán:
qué puedo perder en esto,
quando la cautela advierta?
Fingirme el galan pretendo:
yo soi mi bien. *Leon.* Pues entrad.
Juan. Yo me determino, y entro,
pues nada arriesgo en la burla.
Leon. Ya todos están durmiendo;
seguidme, y no hagais ruido,
no rompamos el silencio. *Vanse.*
Sale D. Dieg. Ya dexo al hombre en la Plaza,
y à ver à mi dueño vuelvo,
esta es la casa, en la rexa
hacer la seña pretendo.
Ay, Leonor, lo que me cuestas!
Nadie responde de adentro;
ò no estarán recogidos,
ò piensa Leonor, que puedo
dilatar venir à verla,
por la inclemencia del tiempo,
y esto es imputar mi amor
de cobarde, y de grosero.
No hay pena como tener
un hombre que está queriendo
esperanzas dilatadas,
que en amorosos incendios
no hay amor sin esperanza,
ni hay esperanza sin riesgo.
Imposibles hace amor,
quando amor es verdadero,
ni halla en el peligro estorvo,
ni suspension en el riesgo.
Su figura lo acredita,
pintaronle niño, y ciego,
desnudo con arco, y flechas,
todo impropio, y todo opuesto:
como es valiente, si es niño?
como desnudo, si es tierno,
y delicado? el estar
desnudo, à un Tartaro, à un Medo
le pertenece, no à un niño
en la Aurora de su tiempo.
Y apretando mas el punto,
como trae flechas, supuesto,
que tiene venda en los ojos?
Como ha de apuntar, si es ciego?
y si lo es, por qué le ponen
venda en los ojos? no es cierto,
que es en un ciego excusada?
claro está: mas los ingenios,
en hieroglyphico tal,
manifestar pretendieron,
que amor todo es imposibles,
porque quien ama resuelto:-
Abren, y salen al paño D. Juan y Leonor.
Dieg. Mas qué es esto? la puerta abren
con recato, y con silencio,
cierta es mi dicha, qué dudo?
Leonor es esta, qué temo?
Leon. A Dios, mi bien.
Entrase, y llega D. Diego à D. Juan
Dieg. Eres tu,
dulce idolatrado dueño?
Juan. Este es à quien aguardaba,
de sus palabras lo infiero,
yo engañoso la he gozado,
y si ahora à entrarme vuelvo,
puede, estando aqui el galan,
declararse aqueste enredo;
si me voi, me ha de seguir,
y es el peligro mas cierto:
qué puedo hacer? *Dieg.* No respondes?
Juan. Ya han cerrado, y no hay remedio,
pues la obscuridad me vale,
lo mejor es irme huyendo. *vase.*

Dieg. Un hombre salió de casa
de mi Leonor, quando abrieron,
y no puede ser su tio,
porque me oía hablar tierno,
y no respondía palabra,
mudo he quedado, y suspenso.
La puerta han vuelto à cerrar,
qué haré? (terrible aprieto!)
Mas si huviera otro gozado
la ocasion que amante espero:
pero qué digo? ay de mi!
solo de pensarlo tiemblo:
yo he de seguir este hombre,
que es ocasion de mis zelos.
Aguarda, y si has prophanado
las reliquias de mi pecho,
quitame, traidor, la vida,
que todo será lo mesmo.
O, noche, que à mis ahogos
obscura niegas remedio,
no lo oculten tus tinieblas,
ni lo sepulten tus velos! *vase.*
Sale Sen. Gracias à Dios, que he llegado
à mi casa, quando el Cielo
menos airado permite
la luz de agenos luceros.
Don Juan se quedó perdido,
que no ha de acertar es cierto,
en toda esta noche à casa,
sino es que tope primero
con aquel Angel de guarda,
que me sacó del Infierno,
y llevandome à la Plaza
(ò, quando se lo agradezco!)
pude desde ella venirme.
Sale Don Juan. Senacho?
Senac. Qué es lo que veo?
quien te ha traido? *Juan.* Mi dicha.
Senac. Qué te ha pasado? *Juan.* El suceso
mas peregrino, que has visto.
Senac. Topaste con un mancebo,
que anda enseñando por Dios
por las calles? *Juan.* Calla, necio:
mil veces dichosa noche.
Senac. Qué tienes, señor? qué es esto?
dime, qué te ha sucedido?
Juan. Si estará ahora despierto
mi primo? *Senac.* No, que es temprano,
aunque en orientes soberbios,
se oyen rascar los caballos
de la Carroza de Phebo.
Juan. Pues no quiero dispertarle,
que en vistiendose Don Pedro,
sabréis el caso los dos,
y no he de ser tan grosero,
que para lo que no importa
le despierte, quando vengo
de las Indias, y en su casa,
como amigo, y como à deudo,
me hospeda con tanto gusto,
y con prudentes acuerdos,
en Granada me ha buscado
un ilustre casamiento.
Senac. No ignoro yo lo que estimas
à tu pariente Don Pedro,
pues fias de él el casarte,
y él solo eleccion ha hecho
de la Dama. *Juan.* Ya he sabido
que es noble, y bella en extremo,
y el dote diez mil ducados,
que con mi plata, y con ellos,
no lo pasarémos mal.
Senac. Ya, señor, viene Don Pedro
à darte los buenos dias.
Sale Don Pedro.
Juan. Primo? *Ped.* Primo déos el Cielo
buenos dias. *Juan.* El os guarde,
y à vos os los dé tan buenos
como à mi, primo, las noches
en Granada, que de intento
aqui os he estado aguardando,
porque sepais un suceso,
que esta noche me ha pasado.
Ped. De disgusto, ò de contento?
Juan. De lo segundo. *Ped.* Decidlo,
que me holgaré de saberlo.
Juan. Fabula parece el caso,
escuchadme, primo, atento.

En esta obscura noche,
despues que Phebo en su dorado coche
se despeñó à las olas Españolas,
bañando su fulgor entre las olas,
y con muda porfía,
la noche se bebió la luz del dia,
y rebozado el Cielo
con un manto de negro terciopelo
negó su luz astuto,
él todo se vistió de negro luto,
cubierto de tinieblas, y capuces,
por la muerte del padre de las luces;
y porque no faltáran
lagrimas, que su muerte ponderáran,
lloró el Cielo con tristes desconsuelos,
siendo las nubes ojos de los Cielos.
Fuí à casa de unas Damas,
del amor dulces llamas,
y previniendo amores,
lisonjas dixe, y recibí favores.
Despedime cortés de su hermosura,
fue la noche tan triste, y tan obscura,
q̃ yo, y Senacho en sombras semejantes
perdíamos las callas por instantes,
sin saber como, ò donde,
me hallé à una puerta donde el Sol se
esconde;
la puerta al punto abrieron,
y con voz temerosa me dixeron:
Sois vos, mi bien? Yo el lãce adivinãdo,
finjo al galan la voz disimulando,
entro en su casa con la voz incierta;
cierra al punto la puerta,
y asidos de las manos, à una sala,
que thalamo amoroso la señala,
de la esperada boda,
la Dama me llevó turbada toda,
con aliento brioso,
con brio temeroso,
con temores lozanos,
temblando las palabras, y las manos,
ò ya del sobresalto, ò ya del gusto,
palpitando el aliento con el susto.
Era la sala de Morpheo coche,
y carcel de la sombra de la noche;
y asi el tacto en tan celebres despojos
substituyó el oficio de los ojos;
gocé, sobre un tapete recostado,
ò alfombra que cubria algun estrado,
prevenidas finezas,
dulcisimos favores, y ternezas.
Mi bien, pues soi tu esposa,
me dixo, no te espantes, que amorosa
el alma, aunque cobarde,
del amor que te tiene haga alarde.
Disimulo la voz, y en este empeño
de achaque me sirvió de casa el sueño,
y todo recatado, y cauteloso,
digo q̃ soi su amante, y soi su esposo.
Con intentos no vanos,
el rostro le examino con las manos;
y sin verlas en tales confusiones,
me enamoraron todas sus facciones,
que como allí no pude yo mirarla,
bella la imaginé para gozarla,
è imaginada hermosa,
el alma me abrasó, qué extraña cosa!
y aunque en tales despojos,
siempre amor suele entrarse por los ojos,
en mi entró, sin que el alma se resista,
por la imaginacion, no por la vista,
y pues es ciego amor, fue sin sosiego
mas perfecto mi amor, porque fue ciego
de la verdad amante que no miro;
llego à tocar su boca, quando admiro
su poca resistencia,
à lo que me tomé mucha licencia,
y despues alentando mi osadía,
favores mas costosos prevenía.
Visteis dos Tortolillas en un prado,
que examinando amantes su cuidado,
se arrullan con exceso,
y se cuentan las plumas beso à beso?
Viste algun arroyuelo,
columna de crystal, senda de yelo,
que haviendo con ardores
à cuchillo pasado al Sol las flores,
parece arroyo hecho en tales penas,
de

de sangre, de jazmines, y azucenas?
Pues como aquestas aves,
alternando requiebros tan suaves;
pues como aquestas fuentes,
repitiendo favores diferentes,
gozé en dulce desvelo,
el rosiclér obscuro de su cielo.
Ya os pinté mi osadía,
y que la Dama no se resistía:
y así al silencio, primo, me acomodo,
que en lo dicho ya lo he dicho todo.
Despedíme cortés con un abrazo,
ella me guia, asiendome del brazo:
al despedirme de su rostro bello,
una bordada vanda le eché al cuello,
y ella me dió esta joya, que es hermosa,
de estos diamantes carcel rigorosa.
Llegamos à la puerta,
à la calle salí despues de abierta,
y el galan descuidado,
que la esperaba ya desesperado,
juzga que soi la Dama,
con requiebros me llama,
yo turbado en la empresa,
salgo, y vuelvo una calle tan de priesa,
que si bien me buscaba,
la obscuridad dudosa me ocultaba,
y sin averiguar quien le ofendia,
se fue à su casa, y yo me fuí à la mia.
Pedr. Amorosa ventura!
Juan. Todo lo debo à noche tan obscura.
Pedr. Y no sabeis la casa
de ese Sol, que sin verlo ya os abrasa?
Juan. Ni la casa, ni calle saber puedo.
Senac. Y no tuviste miedo?
Juan. No teme mi valor ninguna cosa.
Sen. Y si acaso esa Dama no es hermosa?
si es necia, vieja, ò fea?
Juan. No puede ser, que al fin la galantea
algun galan, y pues la ama,
alguna cosa nueva hay en la Dama:
si es bella, aunque en ingenio limitada,
por ser hermosa, puede ser amada:
si es fea, es entendida,
y por discreta puede ser querida.
Pedr. Mira quien llama: caso prodigioso!
haveis, Don Juan, andado venturoso.
Sen. D. Enrique, señor, q̃ quiere hablaros.
Ped. El tio de Leonor, con quien casaros
pretendo, es este, primo:
señor. *Sale Don Enrique.*
Enr. Guardeos el Cielo.
Juan. Mucho estimo
la merced que me haveis hecho.
Enr. Soi criado vuestro.
Pedr. En cosas de provecho
daros gusto quisiera.
Juan. Estoi agradecido de manera
en este casamiento, Don Enrique,
que no sé como el gusto signifique
del alma, que se alegra ganancioso.
Enr. No merece Leonor ser vuestra esposa.
Pedr. Siga la execucion à los intentos,
y excusemos corteses cumplimientos.
Enr. Yo hablé à mi sobrina,
y ella que ya felice se imagina,
tan cuerda corresponde,
que callando obedece, y me responde.
Juan. Pues no haya dilacion, esta semana
se puede efectuar.
Enr. Yo soi quien gana.
Juan. Yo la estimo en dicha semejante,
sin verla como esposo, y como amante.
Enr. Es de nobles, y sabios no fiarse
del gusto, solo al intentar casarse,
que en honrosos despojos,
honor ha de elegir, y no los ojos.
Juan. No he de ver à mi esposa,
hasta darle la mano venturosa.
Enr. Sois noble, y sois prudente.
Pedr. Prevenirnos podrémos brevemente.
Enr. Por daros lugar me voi.
Juan. El Cielo
os guarde, y ponga limite al desvelo.
Enr. A Dios.
Juan. Mi dicha el alma adivina.
Enr. Voi à avisar de todo à mi sobrina.
Vanse, y salen D. Diego, y Doña Leonor.
Leon.

Leon. Hombre, qué intentas? qué dices?
Dieg. Dexame, ingrata Leonor,
suelta, aleve, y plegue al Cielo,
à quien mis suspiros doi,
à quien remito mis ansias,
y presento mi dolor,
que tu falcedad castigue.
Leon. Don Diego, no es tiempo, no,
de burlas: Don Diego, dueño,
esposo: Valgame Dios!
Como me niegas, que à noche
entraste (sin vida estoi!)
en mi casa? qué pretendes,
infamando mi opinion?
No te dí (ay de mi!) del alma
la amorosa posesion,
entre suaves requiebros?
no dixiste tuyo soi?
No te entregué, esposo mio,
el castillo de mi honor,
cuya fortaleza el alma,
tanto tiempo defendió?
No me diste aquesta vanda,
y yo te dí otro favor?
como lo niegas? qué es esto?
Dieg. Dexame, que vive Dios,
que à no ser el darme muerte,
loca desesperacion,
diera esta daga en mi pecho,
que pasára al corazon,
por no morir de mi infamia,
que es muerte de mas rigor.
Leon. O quanto me pasa es sueño,
ò he perdido la razon
con el disgusto, ò me engañas.
Dieg. O yo sin discurso estoi,
ò no entiendo lo que escucho,
ò tu me engañas, Leonor.
Leon. Vive el Cielo, que dé voces
pregonando tu traicion!
tirano, el honor me debes.
Dieg. Yo no le debo à tu honor,
ni à tu mano, fiera ingrata,
fineza, ni algun favor,
que obligue à satisfacer.
Loco me tiene el furor!
Yo no entré anoche en tu casa,
algun hombre te engañó,
que sin conocer, tuviste
por mi (qué mortal estoi!)
aguardando à que me abrieras
estaba, quando salió
de tu casa un embozado,
con cautelosa traicion;
y aunque procuré alcanzarle,
la noche me lo escondió:
la desgracia ha sido mia;
quedate, Leonor, con Dios,
que yo voi desesperado
à ser:- *Leon.* Aguarda, el dolor
de nudo sirve à la lengua,
de entredicho à la razon.
Don Diego (ay de mi!) D. Diego;
él sin duda se cansó,
que es ordinario enfadarse
quien llega à la posesion;
y para dexarme ahora,
esta cautela trazó:
Don Diego, esposo, que digo?
yo con terneza, y amor?
ingrato, villano, aleve.
Sale Inés. Ay, señora, que señor
es aquel que viene allí,
y ya el corredor pasó!
Leon. Escondete en esa sala.
Dieg. Quien tuvo tanta pasion?
Escondese, y sale Don Enrique.
Enr. Sobrina? *Leo.* Señor? *Enr.* Yo vengo:-
Leon. Mas si ha sabido mi amor,
y que está Don Diego aqui?
Enr. Mui enojado por Dios:-
Leon. Cierta mi sospecha fue.
Enr. Porque me han dicho, Leonor:-
Leon. Claro está que le havran dicho,
que aqui Don Diego subió.
Enr. Que anoche:- *Leon.* Peor es esto:
qué susto! qué turbacion!
Enr. Y otras noches antes de esta

rondan la calle pór vos.

Leon. Gracias al Cielo (qué ahogo!)
vano salió mi temor.

Enr. Yo os propuse el casamiento
con Don Juan, hoy se trató
de nuevo, y está Don Juan
aficionado de vos.
Dixe como os dí ya cuenta,
y al silencio remitió
la cortedad de muger,
pues tan obediente sois.
Prevenios por mi vida,
que no ha de haver dilacion:
y si acaso algun galan
da nota, casada vos,
se estorvarán los decires:
no digo por esto yo,
que vos teneis culpa alguna,
que bien sé vuestro valor:
qué me respondes, sobrina?

Leon. Quiero probar el amor
de Don Diego, pues me escucha,
dandole zelos: que estoi
obediente à vuestro gusto.

Enr. Siempre, Leonor, prometió
vuestra cordura respuesta
semejante. *Dieg.* Ay tal rigor!
à casarse está resuelta.

Enr. Ya Don Juan con aficion
fue à preveniros las galas:
quedaos, sobrina, con Dios,
y no esteis triste. *Leon.* El os guarde.

Vase, y sale Don Diego.

Dieg. Qué al fin te casas, Leonor?
Dios te guarde con tu esposo,
y aumente tu succesion.

Leon. Oye. *Dieg.* No hay remedio ya.

Leon. Escuha. *Dieg.* Suelta, Leonor.

Leon. No te vayas, que mi tio:-

Dieg. Ya se fue tu tio, à Dios. *vase.*

Leon. Aguarda, Don Diego, aguarda,
ay tal desesperacion!
Quien se vió en tal aprieto?
Quien tal pena padeció?
Diré mi mal? Es locura:
Diré mi agravio? Es error:
Vengaréme? Como puedo:
Qué he de hacer? Vive Dios,
villano, que aunque se ofenda
mi decoro, mi opinion,
si puede ofenderse mas,
que has de ver en mi valor
la mas sangrienta venganza,
y el castigo mas atroz. *vase.*

JORNADA SEGUNDA.

Salen Don Diego, y Doña Beatriz, un volante cubierto el rostro.

Dieg. Si merece algun favor,
señora, mi cortesia,
no oculteis, por vida mia,
ese bello resplandor:
dadle asumptos al amor,
y à vuestros ojos despojos,
afrentad los rayos roxos
del Sol, que si bien lucidos,
es fuerza quedar corridos,
si descubrís vuestros ojos.
Pues con señas me llamais,
que permitais veros ruego,
pues quando llamado llego,
de que os mire os recatais:
qué queréis? q̃ me mãdais? *Descubrese.*

Beat. Don Diego? *Dieg.* Esposa, mi bien,
vos sois, Beatriz? pero quien
sino vos pudiera dar
placer en tanto pesar,
favor en tanto desden?
Grosero anduve por Dios,
en la duda que tenia,
pues quien festejos podia
dar al jardin, sino vos?
Diganlo estas fuentes dos,
que en arroyos transparentes,
forman cursos diferentes,
y entre las flores lucidas,
salen de veros corridas,

si à veros llegan corrientes.
Beat. Yo, Don Diego, os he llamado
para hacer aquestas paces
con Leonor. *Dieg.* Mal satisfaces,
bella Beatriz, mi cuidado:
ya de Leonor olvidado,
à tu padre te pedí
por esposa, y me dió el sí:
considera si es error
hacer paces con Leonor,
quien te está adorando à ti?
Beat. Amante, y agradecida
me confieso por dichosa,
mereciendo ser tu esposa:
pero si miro ofendida
à mi prima, qué salida
puedes dar à tu mudanza,
si de ti este premio alcanza
despues de un siglo de amor?
yo que hoy empiezo, es error
amarte con esperanza.
Qué ocasion te dió mi prima
que de ella estás ofendido?
Dieg. Ni es desprecio, ni es olvido,
que à Leonor el alma estima
(no sé como me reprima)
escribiendo su aficion.
Beatriz, sobre el corazon
echó un borron (ay de mi!)
y lo escrito hasta alli
lo borró con el borron.
Ya del alma está olvidada,
Leonor, y la causa dió.
Beat. No sabré, Don Diego, yo
la causa mas clara?
Dieg. No. *Beat.* Si la tienes ya borrada,
mi amor, que el tuyo pretende,
de mal pagado se ofende;
y es cierto, que es mal pagado,
porque sobre lo borrado
ninguna letra se entiende.
Y asi, qué satisfacciones
tendré de tu amante ardor,
si la letra de mi amor
escribes sobre borrones?
Dieg. Si con dorados harpones,
flechaste el alma amorosa,
y es negro el borron, curiosa
advierte, quando te adoro,
que sobre lo negro el oro
luce mas, Beatriz hermosa.
Leonor con Don Juan se casa,
que la estima sin desden,
y yo contigo, mi bien,
no ha sido mi suerte escasa.
Beat. Temo ocupar esta plaza,
señor Don Diego, por Dios,
que aunque sois tan fino vos,
recela el alma importuna,
que quien mudable es con una,
será mudable con dos.
Dieg. Que no fue mudanza advierte,
porque haviendo tu de amarme,
quise en Leonor ensayarme,
para enseñarme à quererte,
y enseñado de esta suerte
te vengo, Beatriz, à ver,
para empezarte à querer,
porque quise antes de amar,
en otra, aprendiendo, errar,
y no en ti, errando aprender.
Beat. Ay de mi! yo estoi turbada,
gente suena en el jardin.
Dieg. Pues eres su Seraphin,
defiende, Beatriz, la entrada.
Beat. A Dios, y no sepa nada
mi prima, que tendrá zelos.
Dieg. Olvidad esos recelos.
Vase Doña Beatriz, y sale un criado con un papel.
Criad. Aqueste papel me han dado,
Caballero, para vos.
Dios os guarde. *Vase el Criado.*
Dieg. Guardeos Dios:
el papel me da cuidado.
Lee. Un Caballero à quien haveis ofendido, para satisfacer su agravio, os aguarda esta noche en la puerta de Elvira.

Dudando eſtoi lo que ví !
alguna traícion infiero,
pues no sé que Caballero,
eſté ofendido de mi.
Cautela de algun traidor
debe de ſer, que me aguarda;
pero nada le acobarda
al brio de mi valor.
De aqueſte papel callar,
y obedecer es reſpueſta:
la Puerta de Elvira es eſta,
aqui pretendo aguardar,:
que ya deſpeñado el Sol,
en el Mar quiere apagarſe,
perfilando al ocultarſe
las nubes con ſu arrebol.
La Luna con deſconſuelo
de no ver al Sol brillar,
para ſalirle à buſcar
puebla de antorchas el Cielo.

Sale Doña Leonor de hombre.

Leon. Sin duda Don Diego es eſte.
Dieg. Eſte es mi competidor.
Leon. Yo te mataré, traidor, *ap.*
aunque la vida me cueſte:
él es, muera. *Dieg.* Detente, aguarda
antes de reñir. *Leon.* Qué quieres?
Dieg. Saber pretendo quien eres.
Leon. Qué temes? qué te acobarda?
un hombre ſoi agraviado.
Dieg. No ví furia mas cruel, *ap.*
el Infierno todo en él
parece que eſtá cifrado.
Sin conocerte primero,
yo no he de reñir contigo:
quien eres? *Leon.* Soi tu enemigo.
Dieg. Por qué? *Leon.* Decirlo no quiero,
haz de tu valor alarde,
mueſtra el brio, y cierra el labio,
que mas que mi proprio agravio
ſiento el hallarte cobarde.
Dieg. Dime quien eres, por Dios,
que aunque puedo darte muerte,
eſtoi temiendo ofenderte.
Leon. Solos eſtamos los dos,
proſeguir el duelo intento,
reſiſte mi valentía:
no llegas? *Dieg.* Ay tal porfía!
Leon. Mataréte. *Dieg.* Ay tal aliento!
un extraño impulſo admiro,
y tiene en mi poder tanto,
que quando el brazo levanto,
me arrepiento, y le retiro.
Leon. Qué eſperas, villano, loco,
cobarde, vil enemigo,
no quieres reñir conmigo?
Dieg. Si; mas aguardate un poco,
no sé que tienen tus labios,
pues agraviado me anímo
à matarte, y luego eſtimo
por liſonjas tus agravios.
Mas ſi te enoja, y enfada
eſte termino cortés,
aguarda, y ſabrás quien es
eſte brazo, y eſta eſpada.

Riñen, y D. Diego le gana le eſpada à Leonor, deſcubrela, y conocela.

Dieg. Valgame el Cielo, qué miro!
Leonor, tu en trage de hombre!
qué es eſto? *Leon.* Vengar, D. Diego,
agravios, y ſinrazones,
y no fiar la venganza
de otro brazo, y otro eſtoque.
Dieg. Admirado eſtoi de verte.
Leon. Como yo de tus traíciones.
Dieg. Sin vida eſtoi. *Leon.* Yo ſin honra,
que es mayor falta en los nobles.
Dieg. No tengo la culpa yo.
Leon. Si tienes, pues con rigores,
menoſpreciando del alma
los cargos, que te proponen
de cortés, y agradecio,
divinos reſpectos rompes.
Pues quando yo, atribuyendo
de tus deſprecios los golpes,
à fuerza de Aſtros, que bordan
eſphericos pabellones,
regaba, crecia, peinaba

con

con mis lagrimas las flores,
con mis suspiros el viento,
y los campos con mis voces.
Ahora desengañada
confirmo el delito enorme,
pues por querer à mi prima,
à mi no me correspondes.
Asi premias las finezas?
Asi pagas los favores
de dos años que te quise,
à los peligros inmovil,
mas que Pyramo à su Thisbe,
mas que Venus à su Adonis,
mas que Ero à su Leandro,
y mas que Zefiro à Cloris?
Mira en los carmenes bellos,
con organizadas voces,
Embaxadores del Alba
los amantes Ruiseñores.
Mira al mentido Jacinto,
que roxas vandas descoge,
mira à Narciso, y à Clicie,
del amor transformaciones.
Y si Amantes no te obligan;
escarmientos te provoquen:
vuelve los ojos à Daphne,
vuelve à Siringa los soles.
Teme, que tu tiranía
te transforme en peña, ò roble,
mi bien, no iguala mi prima
mis ansias, y mis amores,
premialos, verás, Don Diego,
que te dá aplausos el Orbe,
que te celebra la Fama,
que te veneran los hombres,
que te respecta el olvido,
que te amartelan las flores,
que te observa la memoria,
y te aclaman las Regiones.
Y si el amor no te obliga,
como, dime, siendo noble,
quieres sin honor dexarme?
No te enternecen mis voces?
Como has de faltar, Don Diego,
à tantas obligaciónes?
No vés el riesgo en que vivo?
Mi peligro no conoces?
escucha, Don Diego, espera,
detente, Don Diego, oye,
Don Diego, como me dexas,
y à casarte te dispones?
En qué te ofendí, Don Diego?
Oye, mi bien, no te enojes:
Mis lagrimas no te mueven?
No te ablandan mis dolores?
No te lastiman mis ansias?
No te incitan mis pasiones?
Sino he de ser tuya, ò caigan
las cervices de estos montes
sobre mi, rayos despida
aparatosa la noche
contra mi vida, y sean lazos
mis cabellos, que me ahoguen,
y algun acero piadoso
mi infelice cuello corte,
y tanta sangre derrame,
que equivocadas las flores,
à formar el Sol el dia,
riñan sobre los colores,
siendo yo triste despojo
de tus ofensas enormes.

Dieg. Toda el alma mas enterneces,
Leonor: pero tus pasiones
no pueden hallar remedio,
que sus ahogos revoquen.
Y aunque fuí primera causa
de tu daño, no fuí el hombre,
que tyranizó tu honor,
porque te engañaste entonces.
Por esas luces del Cielo,
que galantes, y conformes
sus secretas influencias
le comunican al Orbe.
Por la Cruz de aquesta espada,
que es la verdad quanto oyes:
tu ahora juzga por ti,
siendo honrada, siendo noble,
qué hicieras en este lance?

Dilo

Dilo ya, el ſilencio rompe.
Leon. Al fin, que tu eſtás reſuelto,
ſin que mis penas te eſtorven,
à caſarte con mi prima?
Dieg. Eſto mi fortuna eſcoge.
Leon. Y has de ſer ſu eſpoſo? *Dieg.* Si.
Leon. Y ha de ſer mi dueño otro hombre?
Dieg. Claro eſtá. *Leon.* Y he de eſtar viva?
Dieg. Olvidando los rigores
de tu Eſtrella, pues adverſa
en tal eſtado te pone.
Leon. Pues Don Diego, ſino tienen
remedio mis males, oye,
una palabra has de darme.
Dieg. Y es? *Leon.* Que jamàs con tus voces
has de publicar mi afrenta.
Dieg. Ofendes mi ſangre noble
con preſuncion tan villana,
Leonor. *Leon.* Pues qué me reſpondes?
Dieg. Que lo debo hacer por mi,
quando por ti no lo otorgue.
Leon. Dime, ſi tu te casáras,
Don Diego, amante, y conforme,
y halláras como yo eſtoi,
à tu eſpoſa aquella noche,
qué hicieras? *Dieg.* Con eſta daga
pasára ſu pecho entonces.
Leon. Pues yo me quiero caſar:
pues ſi Don Juan correſponde
à ſu ſangre, ha de matarme,
y en deſdichas tan atroces,
qué mayor bien que la muerte,
pues ſe acabarán entonces
del honor los ſentimientos,
y del alma los dolores?
à Dios. *Dieg.* El Cielo te guarde.
Leo. Qué al fin te vás? *Die.* Leonor, voime.
Leon. Y no he de hablarte mas? *Dieg.* No:
Leon. Y nueſtro amor? *Dieg.* Acabóſe.
Leon. La eſperanza? *Dieg.* Ya dió fin.
Leon. Y te has de caſar? *Dieg.* No lo oyes?
Leon. No ſientes, que yo me caſe?
Dieg. Sí: pero un ſiglo te logres.
Leon. Para qué, ſi un deſdichado
mientras vive muere al doble.
Vanſe, y ſale D. Juan deſpoſado, y Senach.
Senac. Qué galan, ſeñor Don Juan
que viene vueſa merced,
como deſpoſado al fin,
competidor puede ſer
del Sol, quando luminoſo
borda el celeſte dosél.
Sol es, que ſe ha de eclipſar
aqueſta noche, y Sol es,
que no ha de comunicar
rayos de ſu roſiclér,
mas que à la Luna. *Juan.* Senacho,
olvidarte no podré,
mucho eſtimo tu lealtad.
Senac. Ya ſe que me quieres bien,
mas que me darás, ſeñor,
de albricias, y te daré
unas nuevas? *Juan.* Quando yo,
nada que pides negué?
Senac. Si yo huviera viſto acaſo
à Leonor. *Juan.* Qué dices, que
à mi eſpoſa viſte? donde,
quando, dí, viſte à mi bien?
Senac. Eſta mañana en ſu caſa,
le vi en el jardin coger
flores, porque me eſcondió,
para que la viera, Inés.
Juan. Y dime, es hermoſa? *Senac.* Eſcucha,
que yo te la pintaré.
Es Leonor blanca, ſu roſtro
naturaleza cortés,
para ſacarle perfecto
otros mil echó à perder.
Sus ojos negros raſgados,
ſu boca tan chica, que
no ſe ſi un garbanzo entero,
en ella le ha de cabér.
Su nariz proporcionada,
y bella, no reparé
ſi tenia mocos, ſu frente
linda, y ſu barba tambien.
Los dientes, yo no los vide,
que era meneſter romper

la boca para mirarlos.
De la garganta la tez,
competidora del roſtro,
todo lo que puede ſer.
Olvidóſeme el cabello,
negro, y belliſimo es,
y tan negro, que es bozal,
mil lazos texe con él,
para perder à las almas,
que condena à padecer.
Al fin, ſeñor, ſu cabeza
es el Infierno, los pies:
pero las manos ſe olvidan:
las manos ſon de papel,
pues tienen los corazones
de todos quantos las ven;
mas es el papel ſellado
del primer ſello, porque
ſi con las manos ſe pide,
ſe pueda poner con él
demanda de quanta plata
pudiſte de India traer.
Al ſaltar de un arroyuelo
deſcubrió, ſeñor, un pie,
tan breve, y tan compendioſo,
que al engendrarſe à mi ver,
à los pies le faltó carne,
para acabarlos de hacer.
Negro cordobán los ciñe,
rebentando de placer,
y con roſados liſtones,
que es proprio de Negros, ſer
amigos de colorado:
chapines tenia tambien,
y moños en los chapines:
grande boberia es
poner ſobre la cabeza
lo que tienen à los pies.
Dió los chapines el uſo,
porque no pueden correr,
para alcanzarlas de preſto
paſo à mi pintura pues.
Llegó à cortar un jazmin,
y al poner la mano en él,
como es tan blanca la manó,
jazmines preſumió ſer,
y ſe quedó entre las ramas
aſida, haſta deſpues
que la quitó la otra mano,
y todo fue meneſter.
Un roxo clavel cortó,
y trasladóle cortés
à los labios, y corrido
de conſiderar, de ver
que los labios le excedían,
ſe murió el triſte clavel.
Dios te perdone, le dixe,
y à darte nuevas torné
de tu ſeraphin de alcorza,
por ſiempre jamás amen.

Jua. Toma un veſtido mio, el q̃ quiſieres.
Senac. A Alexandro, prefieres,
generoſo, y lucido,
pues me das por tu Dama eſte veſtido;
y Alexandro, aunque goza tanta fama,
por no dar un veſtido dió la Dama.

Sale Don Pedro.

Pe. D. Juan, galan eſtais, el Cielo os guarde.
Sen. Como quien ſe deſpoſa aqueſta tarde.
Pe. Un preſente os embia Don Enrique,
que es juſto, que la fama lo publique.
Juan. De qué? *Pedr.* De dos caballos,
q̃ el Sol para ſu Carro ha de invidiallos,
uno melado, y negro, tan airoſo,
que corriendo brioſo,
ſudando por ſu boca eſpuma riſa,
vuela en la tierra, y en el aire piſa
Es el caballo un viento,
y corriendo en el viento, al verle atẽto
dixe, quando el aliento le ſocorra
q̃ mucho q̃ en el viento el viento corra
y es tan al vivo la color melada,
que ví eſtar una abeja en él turbada
pues diſtinguir confuſa no ſabía,
ſi era miel verdadera la que veía.
Juan. Hyperbole donoſo.
Pedr. Trae un jaez lucido, sí precioſo
de terciopelo azul, de oro bordado,

y con perlas à trechos recamado,
rayos del Sol, los rayos excesivos,
tres asquas de oro el freno, y los estrivos.
El otro es un castaño belicoso,
arrogante, y furioso,
que quando la carrera ardiente toca,
nieve espumosa escupe por la boca;
y al correr con desvelo,
con las manos, y pies enciende el suelo,
y temiendo se abrase,
con las centellas que en las guijas hace,
al ir corriendo, ò al ir volando,
Phenix parece que se está abrasando,
con un jaez bordado
de plata, y terciopelo naranjado,
siendo del Potosí despojos vivos,
plateado el freno, y los estrivos.

Ju. Mucho, primo, agradezco à D. Enrique,
que con ofertas tales se anticipe.

Sale Don Dieg. Señor Don Juan?

Juan. Señor Don Diego, amigo?

Dieg. Por vuestro me tened.

Juan. Desde hoy me obligo
à serviros, D. Diego, como à dueño.

Die. Aquesa obligacion es en mi empeño,
como son nuestras bodas esta tarde,
quise de la aficion hacer alarde,
q̃ os tengo, yendo honrado, y vẽturoso,
junto con vos al thalamo dichoso.

Ju. De todo me ha informado ya mi primo:
creed, señor D. Diego, que os estimo,
y me precio de ser vuestro criado,
y que os cueste Beatriz tanto cuidado.

Se. Quiẽ de los novios dos, cõ gracia toda,
la mayor necedad dirá en la boda?

Die. D. Juan, como discreto, y entendido,
no dirá necedad, que es advertido.

Ju. D. Diego, como sabio, y eloquente,
no dirá necedades, que es prudente.

Pe. Solo quien tiene amor, dice la fama,
que se turba en presencia de su Dama.

Juan. Yo me doi por turbado,
porque estoi de Leonor enamorado.

Pe. Como si no haveis visto sus despojos?

Jua. No siempre amor entra por los ojos,
tal vez suele elegir otros sentidos,
y en mi el amor entró por los oidos.

Dieg. Vamos? *Senac.* Si han de turbarse,
digan el Credo, y vayan à casarse. *van.*

Sale Doña Leon. Temeroso pensamiento,
afligida phantasía,
que en la noche, y en el dia
solicita mi tormento:
decidme, que es lo que intento?
que puedo (ay de mi!) hacer?
pero ya no he de temer
mayor mal que el sucedido,
que es alivio de un caído
el no poder ya caer.
Como me atrevo à aguardar
à mi esposo sin honor?
Si yo me caso es error,
sino me caso es pesar,
delito el disimular,
ignorancia el descubrir,
llegar al lance, morir,
quien en tal batalla está?
Donde no hay remedio ya,
qué remedio ha de elegir?
Quiero decir à Don Juan
mi afrenta, y mi desatino;
mas, Cielos, que determino?
Mis bodas se estorvarán,
y mis dolores tendrán
principio, es acuerdo ciego
excusar desasosiego,
y echarme todo à perder,
que Don Juan no ha de querer
lo que no quiso Don Diego.
Sino me he de descubrir,
y Don Juan me ha de matar,
yo me resuelvo à casar,
que es lo mismo que à morir:
ayudadme à resistir,
flores, mis penas, pues ya
sin brio el valor está,
llorad, pensando vosotras,
que lo que es thalamo en otras,

en mi, tumulo ferá.
Ya las flores à porfía
fienten mi dolor ahora,
y quando Phebo las dora
en el regazo del dia,
viendo la trifteza mia,
dicen: ojos aqui eftais,
al Alba el oficio hurtais,
fentís zelos, ò quereis,
fin duda honor no teneis
ojos, pues tanto llorais.

Sale Doña Beatriz con una vanda.

Beat. Prima, fobre aquel bufete
te dexafte aquefta vanda,
yo viendola prefumí,
que olvidada la dexabas.
Que lucida! que coftofa!
que ricamente bordada!
pontela por vida tuya,
para adorno de tus galas.

Leon. Pues te ha parecido bien,
ponte tu, Beatriz, la vanda.

Beat. Eftimola como es jufto,
necia anduve en alabarla.

Leon. Ay, vanda! ay, triftes memorias!
vanda tan coftofa, y cara,
que del honor mas altivo
fuifte precio, fuifte paga,
vanda, que avanderizafte
vanderizos contra el alma,
formando vandos crueles
entre el decoro, y la fama.

Beat. Leonor, la vanda me he puefto:
que te parece? *Leon.* Extremada,
que mal hecho es (ay de mi!) *ap.*
el no entregarla à las llamas;
pues miro, quando la miro,
un teftimonio de infamia.

Sale D. Enrique. Sobrinas? *Leon.* Señor.

Enr. Beatriz?

Beat. Padre, y feñor. *Enr.* Que gallardas!
podeis competir las dos
con Venus, y con Diana.
Dios os haga tan dichofas,
para honor de aqueftas canas,
como el alma lo defea,
fed cuerdas, como bizarras.
Mirad las obligaciones
del eftado que os aguarda,
eftimad vueftros maridos
con la vida, y con el alma.
Acariciadlos cortefes,
con obras, y con palabras;
porque quando à los maridos
las mugeres defagradan,
con poca aficion los miran,
y con enfado los tratan,
fuelen bufcar en la agena
lo que les falta en fu cafa.
No defperdicieis la hacienda
en las galas excufadas,
inventarlas es locura,
y ufad de las inventadas
con moderacion, prudencia,
fed fufridas, recatadas,
no mui amigas de fieftas,
feveras, y cortefanas.
Y porque fiento ruido,
digo, hijas, que efo bafta,
que en tanta prudencia, no
hacen mis confejos falta.

Tocan, y falen D. Juan, D. Diego, D. Pedro, y Senacho, llega D. Juan à Doña Leonor, y D. Diego à Doña Beatriz.

Juan. Dichofo, Leonor hermofa:-

Dieg. Felice, Beatriz gallarda:-

Juan. Quien fin ferviros alcanza:-

Juan. A gozar tan alta dicha.

Dieg. A gozar gloria tan alta.

Leon. Befoos las manos, Don Juan,
por el favor. *Juan.* Que bizarra!

Beat. El Cielo, D. Diego, os guarde.

Juan. Miente mil veces la fama,
quando en acentos fonoros
vueftra hermofura fe alaba,
pues no dice quanto en vos
admira, conoce, y halla,
porque para celebraros

es

es corto aplauso la fama.
Leon. Tanto favor? *Juan.* Todo es poco.
Leon. Galan, y discreto (ay ansias!) *ap.*
es Don Juan, y me atormenta
el ver en desdichas tantas,
que siendo él quien me adora,
soi yo misma quien le engaña.
Beat. Mui amoroso venís.
Juan. Locuras de amor no agravian:
perdonad, Beatriz hermosa,
que mi advertencia turbada
hizo una descortesia,
para hacer lisonja al alma.
Beat. No hay perdon donde no hay culpa.
Repara D. Juan en la vanda de Beatriz.
Juan. Vive Dios, que aquella vanda, *ap.*
que tiene Beatriz al cuello,
es la que le dí à la Dama
à quien engañé, la noche,
que fue de sus males causa.
Dieg. Señora Doña Leonor,
tan dichosa el Cielo os haga,
como deseo. *Leon.* El os guarde.
Enr. Al Cura solo se aguarda
para desposaros. *Juan.* Cielos,
si Beatriz es la engañada!
Si yo he gozado à Beatriz,
como lo dice la vanda,
como se casa? que es esto? *Todos ap.*
descubriré la maraña?
no, que arriesgo su opinion:
yo le debo la palabra,
aunque con nombre supuesto.
Senac. Los señores novios callan
por no decir necedades,
como sino hablar palabra
fuera poca necedad.
Enr. Entremonos en la sala
mientras viene el Cura: vamos.
Dieg. Yo obedezco lo que mandas.
Vanse todos, y detiene D. Juan à D. Diego.
Juan. Señor Don Diego, aguardad,
y escuchad una palabra:
entraronse? *Dieg.* Ya se entraron.
Juan. El alma tengo turbada:
como le diré la afrenta,
por estorvar la desgracia,
que le puede suceder
à Beatriz? no hallo palabras,
que mi sentimiento expliquen.
Dieg. Que imaginaciones varias,
Don Juan amigo, os advierten,
os asustan, y embarazan
en semejante ocasion?
Juan. Yo confieso que es bizarra
Leonor, mas Beatriz su prima
es hermosa, y es gallarda.
No pierdo nada en el trueque,
antes aseguro el alma
de un escrupulo: Don Diego,
todo al decirlo me falta.
Amigo, à vos os importa,
y à mi por secretas causas,
para desposarnos hoy,
hacer trueco de las Damas.
Vos os haveis de casar
con Doña Leonor. *Dieg.* Que gracia!
Juan. Y yo con Doña Beatriz,
que asi evito una desgracia,
y esto, Don Diego, le importa
à vuestro honor, y à mi alma.
Dieg. Qué decís, Don Juan, estais
sin seso, decid la causa.
Juan. Aunque la vida me cueste,
no tengo de publicarla.
Dieg. Yo tengo, señor Don Juan,
la satisfaccion que basta
de Doña Beatriz mi esposa,
es prudente, es noble, es casta:
y es quien es, y vive el Cielo,
que quien sus partes agravia,
ù no tiene seso, ò intenta,
que le dé muerte, ò se engaña.
Juan. Tambien como vos conozco,
que es Doña Beatriz mas clara,
que la luz del Sol, que corre
por las espheras doradas;
ni yo contra su opinion,

Don Diego, imagino nada:
no me debo de explicar,
pues no entendeis mis palabras.
Dieg. Decís, que importa à mi honor
no ser su esposo, y no basta
para sufrir lo que digo?
Juan. Casaos, Don Diego, gozadla
mil siglos: disimular *ap.*
pretendo, pues él se engaña,
no tendrá de que quexarse,
que à mi lo dicho me basta.
Dieg. Dad vos à Leonor la mano,
como à esposo, que os aguarda,
que mui bien està lo hecho,
y mirad que ya nos llaman.
Al entrarse dice cada uno à parte.
Juan. O triste, Don Diego, ò triste!
Infeliz, y desgraciada *ap.*
Beatriz, si acaso Don Diego
mira de tu honor la mancha!
Dieg. O, desdichado Don Juan! *ap.*
O, Leonor desventurada,
si acaso Don Juan penoso,
la mancha de tu honor halla!
Juan. Que noche le aguarda al pobre
D. Diego! *Dieg.* Que noche aguarda
al engañado Don Juan!
Juan. Matarála, cosa es llana.
Dieg. A Leonor le dará muerte.
Juan. Que puede hacer, viendo clara
su deshonra? *Dieg.* Qué ha de hacer,
si vé patente su infamia?
Juan. Lastima tengo à Don Diego.
Dieg. Sin duda adivina el alma
de Don Juan su mal, por eso
queria trocar las Damas.
Juan. A lo hecho no hay remedio;
temiendo estoi su desgracia.

JORNADA TERCERA.

Sale D. Juan. En este jardin florido,
donde musicas sonoras
de galantes paxarillos
suelen despertar la Aurora:
Aqui donde dulcemente
la primavera hermosa
llama à Cortes à las flores,
junta à Cabildo las rosas.
Pues me convida el silencio,
quiero averiguar à solas
motivos de mi disgusto,
y escrupulos de mi honra.
Quiero aconsejarme (ay Cielos!)
conmigo, si siendo proprias
las ofensas, hay alguna,
que aconsejarse disponga.
O, quien pudiera de mi
hacer otra parte, otra, otra
mitad, otro yo, porque
al repetir mis congoxas,
quando yo me condenára
en estas dudas zelosas,
yo tambien me defendiera,
dandome de aquesta forma
yo à mi conmigo la culpa,
yo à mi conmigo la gloria!
Pero no, porque si huviera
otro yo, y yo mi deshonra
conociera el otro yo,
haciendo una accion heroica
à mi me diera la muerte,
estando con esta obra
el ofensor, y ofendido
juntos en una persona.
Aunque si el agravio mio
le sé yo solo, que importa,
no es ocultarlo prudencia
à quien de noble blasona?
Si yo me vengo, si yo
le doi la muerte à mi esposa,
en la causa de su muerte
es fuerza que se conozca,
y se publique mi agravio:
luego será justa cosa
disimularlo prudente,
sin que el silencio se rompa.
Mas ay de mi! que el honor

es una opinion honroſa,
un buen concepto, que todos
tienen de alguna perſona,
y para perderle, baſta
vivir en qualquier memoria,
agravios que ſe desluſtran,
y ofenſas que ſe deſdoran.
Pues no es forzoſo vivir
con inquietudes penoſas,
quando à mi miſmo me falta
el concepto de mi honra?
Si para conmigo yo
no ſoi honrado, que importa
el ſerlo para con otro?
O venenoſa ponſoña!
ò martyrio de la vida,
que aſi el decoro malogras!
que à coſta de los peligros,
y de tanta ſangre à coſta,
ya atropellando las picas,
ya ſufriendo las pelotas,
quien alcanzarlo pretende,
coſtoſamente lo compra.
Si antes de caſarme yo,
ofendió tu honor mi eſpoſa,
en que me agravió, ſupueſto,
que ſolo vengar me tocan
agravios que à mi me hizo?
El que eſtoi ſintiendo ahora
correrá por cuenta mia,
ſi al celebrar nueſtras bodas
eſtaba ya cometido,
ſupueſto que la perſona
de Leonor, haſta tomar
la poſeſion amoroſa,
en virtud del Matrimonio,
no era propria como ahora?
Si el delito executaba
caſada ya, es cierta coſa,
que quedaba yo afrentado.
Mas que es eſto, dudas locas,
ſiendo tan fragil materia
la del honor, dudais que ſobran
delitos en prophecía,
para deſdorar las glorias?
No es cierto, ſi compra alguno
de diamantes una joya,
y ſalen falſos deſpues,
que es engaño, y ſoſpechoſa
la opinion del Mercader
queda con el que la compra?
Pues ſi la joya de honor
he comprado por precioſa,
y la experimento falſa,
tambien la injuria es notoria.
Y quien antes de caſarſe,
atrevida, y licencioſa,
ſu pundonor atropella,
y ſu recato deſdora,
podrá deſpues de caſada,
librarſe de ſoſpechoſa?
No sé por donde empezar
las quexas que me apaſionan,
los peſares que me afligen,
las injurias que me ahogan!
Pudiera naturaleza,
quando dió à cada perſona
dos ojos, y dos oidos,
no dar una lengua ſola,
pues tiene, para que el alma
informe de ſus congoxas,
ſi dos ojos que las miren,
dos oidos que las oigan,
y para quexarſe de ella,
una lengua, y una boca.
Si oigo, y miro como dos,
por qué con penas rabioſas
me he de quexar como uno,
quando mi ſilencio rompa?
Y pues como uno me quexo,
no ſerá, no, accion impropria
que como uno ſolo oiga.
Zeloſo eſtoi, y ofendido,
pues muera Leonor traidora,
porque con ſu ſangre limpie
los borrones de mi honra.
Muera Leonor, Leonor muera,
eſta daga rigoroſa,

para hallar mi venganza,
su candido pecho rompa.
Flor es mi honor, flor del alma,
à quien Leonor cautelosa,
con liviandades marchita,
y seca su altiva pompa;
pues si está la flor marchita,
no cobrará aliento, y forma,
si con sangre no se riega,
pues que con sangre se postra.
Flores, que testigo sois
de mis quexas lastimosas;
buscaros, que recogeis
del Aurora el blanco aljofar;
para rociar al Sol,
quando desmayado asoma
por las puertas del Oriente,
que como afligidas lloran
las criaturas al nacer,
las quiere imitar la Aurora,
llorando al nacer del dia,
sobre silvestres alfombras.
Fuentes, aves, hoy veréis
como dexo à la memoria
escarmiento en el exemplo:
y pues sois testigos todas
de mi agravio, lo sereis
de mi venganza penosa.

Sale D. Dieg. D. Juan amigo, que haceis?

Juan. Aqui divertido ahora
en contemplar la belleza
de que este jardin se adorna.

Dieg. Imaginativo, y triste, *ap.*
su afrenta examina à solas,
haviendo experimentado
la liviandad de su esposa.

Juan. Que alegre que está Don Diego,
tristeza no le ocasiona,
si ya no la disimula
de su esposa la deshonra.

Dieg. Esta tarde en el Jaragui,
por festejo de las bodas,
vamos todos à holgarnos,
que asi lo previno ahora
Don Enrique. *Juan.* Cielos, como
puede Don Diego, si toca
mi afrenta misma, gozar,
sino tiene el alma loca,
con regocijo esta fiesta?
No le embarazan, y estorvan
la ofensa, que à mi? pues como
no manifiesta congoxa?

Salen Don Enrique, y Don Pedro.

Pedr. Hijos? *Juan.* Señor? *Pedr.* Esta tarde,
porque se alegren las novias,
hemos de ir al Jaragui,
y ya sospecho que es hora:
què decís? *Juan.* Que os obedezco:
vamos si à tu gusto importa.

Enr. Pues Don Pedro, y yo delante,
por buscar algunas cosas,
irémos luego, y nosotros
despues con vuestras esposas:
vamos, Dios os guarde, hijos.

Dieg. A prevenir las carrozas
me parto, Don Juan, à Dios.

Vanse D. Pedro, D. Enrique, y D. Diego.

Juan. Esta es la ocasion mas propria
à mi venganza, matar
ahora à Leonor me importa.

Sale D. Leon. D. Juan, mi esposo, mi bien,
qué tristeza os apasiona,
que pensativo, y suspenso,
dais en el jardin à solas
mucha ocasion de sospecha?
que teneis? *Juan.* Leonor hermosa,
(asi divertirla intento,
quando mi favor provoca)
yo no estoi triste, baxé
à ver del jardin lisonjas,
y miraba entretenido
las fiestas de Abril, que ahora
casa con la Primavera,
y celebrando sus bodas,
mascara hace de sus flores,
que fragrantes, y briosas,
à quadrillas reducidas,
unas visten color roxa,

otras de plata, y azul,
de amarillo, y nacar otras.
Leon. Pues de esta suerte, Don Juan,
de las flores invidiosa
viviré. *Juan.* Valgame el Cielo! *ap.*
Qué una muger que blasona
de noble, de tal belleza,
y de sangre tan heroica,
al gusto de su apetito
postre el blason de sus glorias!
Leon. Desde la noche primera,
el alma turbada toda,
vacilando el pensamiento,
divertida la memoria
está Don Juan (ay de mi!)
mas que mucho, si yo propria
soi la causa de sus penas?
Juan. Ahora, Cielos, ahora
es buena ocasion, Leonor
muera.
Vale à dar, y sale Doña Beatriz, sin reparar ella, ni Doña Leonor en la accion.
Beat. Que hay, prima hermosa?
Juan. A que mal tiempo llegó
Beatriz! no faltará otra
ocasion en que vengarme.
Beat. Ya Don Diego en la carroza
à la puerta nos aguarda.
Juan. Vamos, yo pondré mi honra
en el puesto mas sublime,
si mi venganza se logra.
Vanse, y salen D. Pedro, y D. Enrique.
Enr. Qué alegre el campo asiste!
Pedr. De colores el verde Abril se viste
sobre la elada, y candida camisa,
que el Enero le dió de espuma riza,
à quien ladron Otoño, con enojos
le roba sus riberas, y despojos;
bello entretenimiento
es aqueste jardin del pensamiento,
los ahogos divierte,
y con la plata liquida que vierte,
ya en silvestres alfombras olorosas,
con el vulgo de flores, y de rosas.
Enr. Que es ver un arroyuelo, que dilata
su curso, y los crystales desbarata
tributos de otras fuentes,
entre el murmureo son de sus corrientes.
Nace este dulce arroyo en una sierra
y trepando veloz con blanda guerra
à aquel jardin desciende,
y mas aplauso, y magestad pretende:
pues viniendo bizarro, y cortesano
aun no se acuerda, que nació Serrano.
Aqui un monte, Palacio de Amalthea,
las aves lisongea,
ministriles de pluma,
su orgullo, y vanidad ostenta en suma
tanto, que piensa, viendole la gente
que se quiere casar con una fuente.
Nace la fuente en cuna de esmeralda
de este monte en la falda,
y es su duro crystal sudor elado,
que suda el monte de subir cansado;
si ya no es su sangría,
que como cada dia
vemos, que al darle verde à los caballos
suelen despues sangrallos,
asi el Abril, que ayudado del Phaetonte
le dá verde à este monte,
como tanta verdura lo publica,
la sangría le aplica
sutil, y transparente,
y es sangría del monte aquesta fuente.
Pedr. Ya vienen, si el ruido
no me engaña el sentido,
bizarros Caballeros, Damas bellas,
resplandecientes de la tierra Estrellas.
Salen D. Juan, D. Diego, Leonor,
Beatriz, y criados.
Ju. Cansada havréis llegado, Leonor mia.
Leon. Con vos fuera el cãsancio grosería.
Dieg. Beatriz, venís cansada?
Be. No hay con vos pena, q̃ me aflija nada.
Pe. Qué gallardos! q̃ nobles! q̃ entendidos!
que galanes! que airosos! que lucidos!
El Cielo, hijos discretos,
me dé en vosotros mil dichosos nietos.

Senac. Inés, eſcucha à parte.
In. Qué me dices? *Sen.* Yo tẽgo q̃ hablarte,
buſcame luego. *Pe.* Sobre aqueſtas flores,
que ofrecen liſonjas, y favores,
podrémos merendar. *Ju.* La pena mia,
verdugo de mi triſte phantasía,
no puedo recatarla,
aunque pretendo yo diſimularla:
qué terrible tormento!
Die. A ponderar no acierto mi contento,
vamos, y una Academia trazarémos.
Enr. Deſpues que merendemos.
Leon. Que triſte eſtá mi eſpoſo!
Be. Qué alegre eſtá D. Diego q̃ amoroſo! *va.*
Juan. No acabo de imaginar,
por qué cauſa viene à ſer
tanto en D. Diego el placer,
y en mi tan grande el peſar:
à los dos quiſo igualar
fortuna de ofenſas llena,
à mi apenas me condena,
y à D. Diego, en concluſion,
le dá la miſma ocaſion,
pero no le dá mi pena.
Pues hoy he de ſaber yo,
con una traza curioſa,
ſi él halló honrada à ſu eſpoſa
la noche que la gozó:
con la joya que me dió
la experiencia he de hacer,
ſi tiene honor he de ver,
porque ſi es noble, y es ſabio,
y diſimula ſu agravio,
no lo ſabe conocer:
Senacho? *Senac.* Señor.
Juan. Yo tengo
gran confianza de ti.
Senac. Bien ſabes que te ſerví.
Juan. Aſi mi mal entretengo.
Eſta joya has de enſeñar
à Doña Beatriz:- *Senac.* Que hermoſa!
que lucida! que precioſa!
Juan. Sin llegar à declarar
quien es el que te la dió.
Senac. A todo eſtoi obediente.
Juan. Aqui es fuerza experimente
ſi es ella à quien burlé yo,
ſabré ſi à Beatriz gocé
aquella noche infeliz:
ya la vanda me lo dice,
aqui lo confirmaré,
ſi conoce los diamantes,
y veré como ſu eſpoſo,
diſimular amoroſo
puede agravios ſemejantes.
Quedate, Senacho, aqui,
y haz aqueſta diligencia
al deſcuido, y con prudencia.
Senac. Fiate, ſeñor, de mi.
Sale Inés. Senacho, joya eſtimada,
rico eſtás: que me decias?
no reſpondes? que querias?
Senac. Hablar es coſa excuſada,
teniendo el oro en las manos,
ſin lengua ſabe pedir,
Inés hermoſa, y decir
mil conceptos ſoberanos.
Pida un hablador diſcreto
algun favor à ſu Dama,
y abraſandole en la llama
de amor, digala un Soneto.
Y otro traiga un modo rudo,
verás que eſtimados ſon,
el mudo, como Caton,
y el diſcreto, como mudo.
Mas dexando aqueſto, Inés,
no ſabes, que tu hermoſura
quitarme el alma procura?
Ya eſtoi muerto, no lo vés?
Inés. No te acuerdes de morir,
ſino dame aqueſta joya,
ſeré tuya. *Senac.* Aqui fue Troya:
donde hay muger ſin pedir?
Inés. Hay quien no pida en rigor?
Sen. Los hombres. *In.* Antes los hombres
piden mas, y no te aſombres,
pues ſi un hombre tiene amor,
ſiempre de noche, y de dia,

quexoso aleves rigores,
pide à su Dama favores,
y limita à su porfia.
Qué hacen, dí, de quien ama
musicas, y galanteos,
sino pedir con paseos
los favores de su Dama.
Y si ella su gusto explica,
y le pide algun vestido
al galan, este partido
es solo el que se publica
entre amigos, y escuderos.

Senac. Sí, mas en nuestros amores
pideme tu, Inés, favores,
y no me pidas dineros.

Inés. Yo en pleitos, que amor reprueba
con peticiones me halago.

Senac. Pues yo las costas no pago
hasta dar la causa à prueba.

Inés. El pedir sin ocasion
las Damas, es permitido.

Senac. Siempre todas han tenido,
Inés, esta inclinacion.
Vese en Eva, muger rara,
pues quando Adán la miró,
lo primero que le habló,
fue decirle que pecára.
Y asi, no te dé pesar
ver, que el pedirme me asombre,
que obligarle à dar à un hombre,
es obligar à pecar.

Salen Doña Leonor, y Doña Beatriz.

Leon. No me puedo consolar.

Beat. Prima, que tristeza es esta?
Tu sin gusto en las acciones?
Sin nacar las rosas bellas
de tus mexillas? sin brio
los donaires, toda muerta,
divertidas las acciones,
las palabras desatentas?
Qùe tienes, Leonor, qùe tienes?
refiereme à mi tus penas,
pues suelen comunicadas
desmayar tal vez la fuerza.

Leon. Beatriz, no has visto à D. J.
que sin hacer resistencia
à tanta melancolía,
siempre articulando quexas,
imaginando desdichas,
en lo triste manifiesta,
do su severo semblante,
que está padeciendo ofensas?
Qué mucho, viendose asi,
ay, Beatriz, qùe yo padezca!
Pensativo habla à solas,
quando de noche se acuesta,
desabrido me responde,
quando se sienta à la mesa.
Come mal, y con disgusto,
ya levantando las cejas,
ya rumiando las palabras,
y à veces dice su pena,
sin decirla, en un suspiro;
al fin, suspira, y se quexa,
no por mi, Beatriz, que yo
estoi de Don Juan mui cerca,
y nadie por lo que goza
tantos pesares ostenta.
Don Juan vive desvelado,
no sé, prima, que sospechas
dan à su inquietud asumpto.
Determinada, y resuelta,
he querido preguntarle
la causa: mas no me dexan
mis yerros, y mi delito,
mi temor, y mi verguenza.
No has visto un clavel lozano,
que roxas puntas despliega?
No has visto por la mañana
una candida azucena
aromatizando el viento,
que el clavel por roxo, y ella
por blanca, à la selva uno
la arrebola, otro la afeita,
y faltandoles el Sol,
que los pule, y los alienta,
queda abatido el orgullo,
y postrada la belleza?

Yo con estas flores (quiero
tomarme aquesta licencia)
alegre, y feliz vivía:
pero ya la luz depuesta
de Don Juan, como flor vivo,
sin el Sol marchita, y seca.
Beat. Sabe el Cielo lo que siento
tus disgustos, y tus penas.
Senac. Vete, Inés, que es tu señora:
famosa ocasion es esta *ap.*
para enseñarle la joya.
Beat. Senacho, asi se requiebran
las doncellas? *Senac.* Yo, señora,
trataba de otras materias
con Inés, y no de amores,
que mi brio, y gentileza
se emplea en prendas mas altas.
Beat. Quien son, Senacho, esas prendas?
Senac. Damas de mas vanidad.
Leon. Quantas tienes? *Se.* Mas de treinta,
unas viejas, y otras mozas,
tengo blancas, y morenas,
altas, gordas, grandes, chicas,
musicas, discretas, necias,
y todas nobles, y ricas,
testigo esta joya sea,
que yendola à visitar
me dió no ha mucho una de ellas.
Sale Don Juan, y quedase al paño.
Juan. Ya le ha enseñado la joya,
y si la conoce, es cierta
mi presuncion, escondido
he de escuchar la respuesta.
Beat. Yo conozco aquesta joya,
Senacho. *Juan.* Ya lo confiesa,
ella la engañada fue,
confirmóse mi sospecha.
Leon. Aquesta joya, Senacho,
he de quedarme con ella,
porque yo de agradecida
paga te daré suprema.
Senac. Del alma tambien, señora,
bien podeis serviros de ella.
Leon. Suspensa, y muda he quedado
en ocasion tan horrenda.
Juan. Es ilusion la que miro?
muda Leonor, y suspensa
ha quedado. *Leon.* Esta es la joya,
que aquella noche, si aquella
Aurora de mis engaños
le dí al autor de mi ofensa.
Si fue este villano (ay, Cielos!)
quien mereció con cautela,
mis amorosos favores?
Valgame el Cielo, qué fuera
si triumphára de mi honor
hombre de tan baxas prendas!
Senac. Mirandome está mi ama,
descolorida, y atenta,
si le he parecido bien?
que no será la primera,
que se agrade de sus pages.
Yo tengo mui buenas piernas,
buen vigote, buenas manos,
que estos juanetes apenas
se ven como son tan chicos,
divertida me contempla.
Leon. Ay desgracia semejante!
será el descubrirlo fuerza.
Juan. Beatriz conoció la joya,
Leonor se quedó con ella:
si la joya es de Leonor
sabré ahora: honor, alerta.
Leon. Senacho? *Senac.* Señora mia.
Leon. Quiero averiguar mis penas,
y si es cierta mi desdicha.
Senac. No hay duda, por mi está muerta,
ella me quiere, y me adora.
Leon. Quien te dió esa joya bella
me has, Senacho, de decir.
Senac. Sabeis, que lo que deseas
podré deciroslo yo?
Leon. Denme los Cielos paciencia,
que bien lo habré menester;
por cierto tén, que recela
el alma un indicio fuerte,
que en esa joya demuestras.
Senac. Que tenga zelos? no sè *ap.*

que

que le diga por respuesta:
no la conozco. *Leon.* Senacho,
dime la verdad, no mientas.
Senac. No conocerla no es mucho,
señora, teniendo treinta.
Leon. Dexa las burlas, Senacho.
Senac. Como me quiere de veras,
quiere que de veras hable;
quien vió dicha como esta?
la verdad es, que una noche
(yo he de decirlo, aunque mienta
el suceso de mi amo,
como si me sucediera
à mi mismo) mui obscura,
pasando por una puerta,
la sentí abrir, y llamaron.
Leon. Quien esto escucha, que espera?
Senac. Entré sin saber adonde.
Leon. Detén, infame, la lengua,
que con tu espada, villano,
te he de dár muerte yo mesma,
antes que osado pronuncies
tu osadía, y mis afrentas.
Senac. Ay que me mata.
Sale D. Juan. Qué es esto?
Leon. Turbada estoi, y suspensa.
Juan. Qué causa, Leonor hermosa,
que à tanto rigor os mueva
os dió Senacho? *Senac.* Ay de mi,
que valiente que es la hembra!
volvióse el sueño del perro
el amor. *Juan.* Salté allá fuera.
Senac. Eso de mui buena gana. *vas.*
Leon. El susto me tiene muerta.
Juan. Ya es tiempo, Leonor hermosa,
que de la prision estrecha
del pecho salgan rompiendo
con el silencio las quexas.
Yo por casarme contigo
hice examen de dos prendas,
que naturaleza, y sangre
os dieron à competencia,
que es dí, sin haveros visto,
la mano, heroica fineza:
aunque visto à buena luz,
no sé si es accion discreta,
que à empresa tal, el honor
sin los ojos se resuelva.
No porque esté arrepentido
digo aquesto, Leonor bella,
que si al paso que sois noble,
prudente, entendida, cuerda,
y hermosa fuerais honrada,
con menos dolor vivieran
las sospechas que me afligen,
los zelos, que me atormentan.
Leon. Basta, Don Juan, que no niegue
mis culpas, y tus ofensas:
mateme, Don Juan, tu azero:
mas escucha antes que muera,
la ocasion de mis desdichas,
que à tales extremos llega.
Juan. Respondate mi atencion.
Leon. Oye. *Juan.* Dilo.
Leon. Escucha. *Juan.* Empieza.
Le. Salí una tarde (ay, Dios!) salí una tarde
à ver de Flora el floreciente alarde,
à este jardin ameno,
sobre esmeraldas de diamantes lleno:
vióme Don Diego en él, galanteóme,
y cortés obligóme
con ruegos, y promesas,
à agradecer sus licitas finezas.
Desde entóces, D. Juan, desde aquel dia,
Don Diego me sirvió con tal porfia,
que si de jaspe mis entrañas fueran,
no sus nobles finezas resistieran.
Ya de dia la calle paseaba,
Argos de mis balcones lo miraba,
de suerte sí, que su cuidado atento,
de atencion se pasó à embelesamiento.
Y de noche las musicas traía;
y vistiendo de dulce melodía
el viento que alegraba
lo triste de la noche suavisaba.
Seguiame en las fiestas amoroso,
galan, y festejoso,
dando mas ocasion à mi deseo

lo cortés, el despejo, el galanteo.
Mas despues (ay de mi!) q̃ con cuidados
sobornó mis criadas, y criados;
atrevido me escribe,
sus papeles mi afecto los recibe,
dõde tierno me dice en dulces nombres
aquesas cosas que escribís los hombres.
Rendí al fin mis orgullos mas crueles,
mas que à su voluntad, à sus papeles;
porque es para vencernos en efecto,
un papel el tercero mas discreto:
y es en nosotras gala de delito
humanarse à un papel, si es biẽ escrito.
En este tiempo (ay Cielos!) temerosa
cobarde, y rezelosa
supe como mi tio con empeño
me buscaba otro esposo, y otro dueño,
quise decir mi amor, no me atrevía,
pretendí dilatarlo, no podia,
y tanto padecí, que el pensamiento
plaza de martir dió mi pensamiento,
hasta que ya confusa, sí constante,
resuelta, y atrevida, como amante,
sin cordura, sin seso,
llamo à D. Diego, cuentole el suceso.
Resolvímos los dos, que aquella noche
ausente el roxo coche,
à mi casa viniera,
donde dueño del alma le hiciera:
mas miento, porque el alma
no le diera à D. Diego el triumpho, y palma
con yerros semejantes,
sino fuera su dueño mucho antes.
Fuese el Sol, aguardéle cuidadosa,
la seña escucho, y abro temerosa,
quando un hombre atrevido,
para engañarme atento, y prevenido,
con falsa voz responde,
con caricias de amor me corresponde:
yo (ay de mi!) sin sosiego,
juzgandole Don Diego,
como la voz fingía,
ocasioné tu agravio en prophecía:
dióme una vanda, dile yo esta joya,
saquéle al fin de casa,
(de repetirlo el alma se me abrasa!)
vióle al salir Don Diego,
vinome à ver zeloso, y sin sosiego:
declarase el engaño,
conose su desdicha, y yo mi daño:
ofendido se vuelve,
à no casarse noble se resuelve,
yo à peticion de mi valor, y brio,
le reto, y desafio,
pensando que me engaña,
sacole al campo, y allí me desengaña,
dame palabra de callar mi agravio,
yo sin mover el labio,
aunque mi mal supongo,
à casarme dispongo;
doite la mano como indigna esposa,
toda turbada, toda recelosa,
conoces mi delito,
aunque disimularle solicito,
y del grave pesar embarazado,
tibio respondes, hablas enfadado:
este es mi agravio, y mis ofẽsas graves,
lo demás que ha pasado tu lo sabes.

Juan. Enjuga, Leonor, el llanto,
pues el Cielo darles quiso
à mis recelos sosiego
en tan ciegos laberintos.
El curso dexa al aljofar,
no llores quando yo rio:
y pues me miras alegre,
no desperdicies suspiros.
Yo fuí, Leonor, quien borró
el explendor terso, y limpio
de tu honor, con la cautela,
que sabes, y has referido.
Y yo tambien, quien ahora
tus agravios satisfizo:
ahora estuve agraviado,
y ya no estoi ofendido.
Yo à ti te quité el honor,
y casandeme contigo,
participo de tu injuria,

de tu ofenſa participo.
Mas ſi cometí la ofenſa,
contra ti, y contra mi altivo,
ya ſatisfago à los dos,
à ti, ſiendo tu marido,
y à mi, con ſer como ſoi,
el Ofenſor de mi miſmo;
pues donde el agravio es proprio,
mal ſerá ageno el caſtigo:
vamos à ver à Don Diego.
Leon. Qué eſcucho, Cielos benignos!
Juan. Satisfacerle pretendo,
como importa al honor mio:
ò cautela mas feliz,
que oyó la fama en los ſiglos!
Salen Doña Beatriz, y Don Diego.
Beat. Aqui eſtán: prima Leonor?
Juan. Caballeros, yo he querido,
por ſatisfacer mi honor,
que es fuerza que eſté perdído
en los dos, daros ahora
de que le he cobrado, indicios.
Y dexando digreſiones,
por ſer excuſadas, digo,
que D. Diego amó à Leonor,
con fin de ſer ſu marido,
que de lo que aqui propongo,
los dos ſois buenos teſtigos.
Leonor ciega de ſu amor,
dió permiſion à delitos
contra ſu honor, y una noche,
que mas atrevida quiſo,
aguardando eſtaba amante
à D. Diego, quando al ſitio
vino un hombre, y la gozó
penſando Leonor (que hechizo!)
que era Don Diego ſu eſpoſo:
eſto es lo que habreis ſabido;
pues por ſaberlo Don Diego,
caſar con Leonor no quiſo.
Mas que no ignoreis importa,
que aquella noche yo miſmo
fuí quien engañó à Leonor,
convidado del delito.
Deſpues viniendo à caſarme,
una vanda al pecho miro
de Beatriz, que dí à Leonor
la miſma noche, imagino,
que Leonor no es la ofendida:
à Don Diego no le explico,
temeroſo, la ocaſion,
aunque troquemos, le digo,
las Damas, para caſarnos,
por excuſar el peligro.
Mas la joya, que Leonor
me dió con pecho benigno,
es eſta, con que el engaño
prudentemente averiguo.
Yo fuí dueño de mi agravio,
yo contra mi mi delito
ocaſioné, ſiendo yo
el Ofenſor de mi miſmo.
Sabedlo, Beatriz hermoſa,
ſabedlo, Don Diego amigo,
y ved mi honor ſatisfecho,
pues le viſteis ofendido.
Beat. Mil parabienes, Leonor,
te doi de tu regocijo.
Dieg. Yo, Don Juan, ſi en prophecia
puede ofender un delito
de haver querido à Leonor,
perdon mil veces os pido.
Juan. No hai perdon donde no hai culpa.
Beat. Ya viene mi padre. *Salen todos.*
Enr. Hijos,
ya es hora de dar la vuelta
à Granada. *Leon.* Y dar principio
al feſtejo de mi dicha.
Juan. Y fin con humilde eſtilo,
perdon pidiendo al Senado
el Ofenſor de sí miſmo.

F I N.

Con Licencia. BARCELONA: Por JUAN SERRA Impreſor.
A Coſta de la Compañía.